

Otra jugada de riesgo: deporte y literatura en Cuba

José Antonio Michelena

Investigador. Instituto de Literatura y Lingüística.

La apropiación literaria del hecho deportivo se pierde en el tiempo aunque se cite a Homero en los inicios. Sabemos que la oralidad antecede a la literatura escrita y que las hazañas de los atletas eran cantadas por los bardos antes de ser fijadas por la letra. Que otros como Virgilio, Píndaro, los más altos poetas de su época, escribieran sobre los espectáculos deportivos, dota a la pareja deporte y literatura de un pasado ilustre. Mucho se ha repetido que todas las guerras ocurren en Troya, resaltando el carácter modélico de aquellas luchas reflejadas en *La Iliada*. En el canto vigesimotercero de ese libro se cuentan los juegos en honor a Patroclo, y puede percatarse su plena vigencia. Los consejos que da Néstor a su hijo Antíloco antes de la carrera, sintetizan toda la sabiduría que transmiten los entrenadores a los deportistas.

Históricamente, los romanos heredaron de los griegos el estadio y lo convirtieron en el circo —para las carreras de cuadrigas— y el anfiteatro —para las luchas de gladiadores y otras competencias. Aquí estaba ya el espectáculo con todos sus componentes: el estadio, los atletas y el público. Poder expresar las emociones y pasiones que se experimentan en el terreno

de las competencias, conjugar los elementos de esta tríada, a la vez que intentar comprender las relaciones que se establecen entre este campo y el resto (la sociedad, la civilización, etc.) ha sido la tarea que se han planteado los escritores.

Deportes en la literatura cubana

La literatura cubana no ofrece —como lo hacen, por ejemplo, las letras de Sudamérica— una copiosa producción en su vocación deportiva. No obstante, basta observar la muestra que ofrecemos de los textos existentes, para saber que el deporte tiene una presencia digna en nuestra escritura artística desde el siglo XIX.

Por circunstancias diversas, el béisbol, el boxeo y el ajedrez, tres deportes disímiles, son los que más han atraído a los escritores cubanos, lo cual no es por azar. El béisbol, nuestro deporte nacional, llegó a Cuba en el siglo XIX procedente de los Estados Unidos, y cobró tanta fuerza que llegaría a integrarse a nuestra identidad. El rechazo de que fuera objeto por parte de las autoridades coloniales convirtió su práctica en

demostración patriótica. Súmese a ello la calidad del beisbol cubano, probada a lo largo de la pasada centuria. El boxeo, a su vez, también cuenta con un legendario historial, tanto en los campeonatos profesionales —donde han descollado figuras de talla universal— como en los torneos aficionados en los que han reinado nuestros púgiles en las dos últimas décadas. En cuanto al ajedrez, se trata de un juego que incita a la fabulación por la atracción que ejercen sus componentes: el tiempo, las figuras, las estrategias, el combate, su propia leyenda. No menos importante es el hecho de que José Raúl Capablanca, uno de los mayores genios ajedrecísticos en la historia de este deporte, puso a la Isla en el mapa mundial del juego ciencia desde 1921.

Boxeo

La crónica es un género periodístico; pero ejercida por la pluma de José Martí, es literatura. Del Maestro, la antología *Cuentos de boxeo* recoge el texto «Una pelea de premio».¹ Narra el Apóstol el combate que sostuvieron «el gigante de Troya» y «el mozo de Boston», en la ciudad de Mississippi, en las cercanías de Nueva Orleans, en 1882. Con la agudeza y visión que lo distinguieron como escritor, pensador y político, Martí somete a escrutinio los pormenores de la contienda y entrega un retrato descarnado no solo del combate, sino también de todo lo que lo circunda: su reflejo en la prensa, entre los apostadores, en los negocios, en la población. No es para nada un rostro amable el que nos enseña, porque, según dice, «vuela la pluma, como ala, cuando ha de narrar cosas grandiosas; y va pesadamente, como ahora, cuando ha de dar cuenta de cosas brutales, vacías de hermosura y de nobleza».²

Es notable el diálogo que establece con Martí, a través del tiempo, un cuento que asume forma de crónica —a caballo entre ambos géneros— escrito por Mirta Yáñez, alrededor de un siglo más tarde. Treinta y tres años después de la porfía entre aquellos gladiadores, narrada por el Apóstol, otros dos púgiles norteamericanos, Jack Johnson y Jess Willard, se enfrentaron en La Habana, el 5 de abril de 1915. La escritora habanera reconstruyó el combate en el cuento «Yo soy Jack Johnson»,³ y al leerlo «asistimos» al escenario del Oriental Park junto con las treinta mil personas que presenciaban el match, según las palabras de Yáñez. Al igual que en el texto martiano, se dibuja el contexto social que rodea la lucha boxística, a la cual acude hasta el mismo presidente de la joven república. El texto no solo reseña la vida de Johnson y el motivo real de la pelea —más allá de la discusión por el campeonato de los pesos completos—, sino da cabida

a exposiciones y valoraciones sociopolíticas. A diferencia de la crónica martiana, más ajustada a la realidad, la ficcionalización de Yáñez hace de Jack Johnson un personaje y sitúa el conflicto en su drama por ser un campeón negro y tener una mujer blanca, un reto para la alta sociedad habanera, que lo condena a perder su corona para poder regresar a su país.

La visión del boxeo que prima en los textos de los narradores cubanos es la de un rudo espectáculo comercial, muchas veces fraudulento. El conflicto del relato se puede establecer a partir de la quiebra del pacto tramposo, como sucede en «El gran golpe», de Samuel Feijóo,⁴ o en la tozudez del boxeador por continuar un combate que lo lleva a la muerte, como acontece en «El último golpe», de José M. Carballido Rey⁵ y en «La última pelea de Tonka Walkán», de Félix Luis Pérez.⁶

El pugilismo casi siempre sale muy mal parado en esos textos, porque prevalecen los intereses de los promotores interesados en el dinero que puedan recaudar. Los boxeadores, agobiados por necesidades financieras o encandilados por la fortuna, son víctimas de un mecanismo que los desangra. El combate entonces deviene símbolo de una desigualdad social en la que el boxeador es, de antemano, el perdedor.

El cuento de Feijóo es una historia de sabor costumbrista, acaso escuchada por él en sus continuos viajes por los pueblos de Las Villas. Tiene un argumento simple: en una pelea arreglada, el boxeador que debe perder se enamora y hace lo contrario: la gana. Está contado con la gracia que imprimía a sus relatos el poeta, narrador e investigador villareño. Por su parte, el de Carballido muestra la cara más oscura del pugilismo, una trama de crueldad e inconciencia que mucho explotó el cine norteamericano en la década de los 40 del siglo xx. Los actantes son el promotor inescrupuloso, el boxeador pobre e ingenuo, el contrario bruto y sádico, el público enardecido, salvaje, y un entorno social que hace todo eso posible. Está narrado en retrospectiva con profusión de detalles y cierto abuso de los elementos sociológicos.

Una compleja trama en la que están entretreídos el boxeo y las peleas de gallos dan vida al cuento de Félix Luis Pérez, quien utiliza el recurso técnico de las cajas chinas: la historia principal está contenida en otras que se van abriendo al lector. Aunque llegue a molestar el abuso de los gerundios y la intención moralizante, resulta atractivo el paralelismo entre la valla y el ring, entre golpes y espelazos. Es un cuento que puede aparecer igualmente en una selección temática sobre peleas de gallos, un «deporte» prohibido en la actualidad, pero de larga data en la Isla.

Otros contenidos, más abarcadores, animan los poemas de Nicolás Guillén y de Roberto Friol, aunque persiste la visión del boxeador como instrumento de

lucro. Dice Guillén en «Pequeña oda a un negro boxeador cubano»: ⁷

*...ese mismo Broadway,
es el que estira su hocico con una enorme lengua húmeda,
para lamer glotonamente
toda la sangre de nuestro cañaveral.*

Aquí el púgil es la fuerza del músculo que apenas sabe algo más que tirar golpes («En realidad acaso no necesitas otra cosa./ porque como seguramente pensarás./ ya tienes tu lugar»). Pero él puede también dignificar la negritud, la identidad de su raza: «lucirse negro mientras aplaude el bulvar./ y frente a la envidia de los blancos/ hablar en negro de verdad».

De igual forma se repite la imagen del boxeo como feroz medio de sobrevivencia en el poema de Roberto Friol al propio Kid Chocolate: «Golpear el hambre./ El jab./ Golpear el hombre./ El jab, el jab». ⁸ En los versos de Friol, el pugilista golpea no solo contra el hambre, sino también por un encuentro consigo mismo aunque el precio es demasiado alto:

*¿A quién golpeas?
¿Entre quiénes te abres paso?
¿A quién has de derribar
para ser tú?
Ese rostro y el otro,
¿es el mismo?
Ese jab y ese book,
¿toda la vida?
¿Cuántos,
para encontrar un Rey?
¿Cuántos
de vida rota,
[...]
Cuántos
de súbito morir
Cuántos
para llegar a tí?*

Pero Chocolate es (en este poema), además, la leyenda que ha recorrido el mundo y se lleva prendida en la memoria, aunque solo se haya visto fugazmente y se conozca a través de los periódicos o en las anécdotas que lo amplifican. Y cuando ya no era el campeón boxístico continuó siendo «como una verdad de la patria», un orgullo identitario que se prolonga en el universo: «Veo a París/ a través de tus ojos;/ a Madrid,/ en tu prístina sonrisa;/ a Nueva York,/ en el adiós de tu mano./ Veo/ tantas cosas en tu estar/ (Veo a Cuba/ en tu no doblegarte)».

Nicolás Guillén eleva a la dimensión de héroes venerables a los boxeadores en el poema «Deportes», ⁹ donde, significativamente, se unen el boxeo, el ajedrez y el beisbol; y las figuras de Kid Charol, Black Bill y Kid Chocolate, junto al ajedrecista Capablanca y el pelotero José de la Caridad Méndez, entremezclados con los campeones boxísticos de otras latitudes —Johnson, Wills, Carpentier y Sam Langford—

encarnan, a un tiempo, la gloria, y además, el orgullo de la cubanía:

*Junto a los yanquis y el francés,
los míos, mis campeones
de amargos puños y sólidos pies,
son sus iguales, son
como espejos que el tiempo no empaña,
mástiles músculos donde también ondea
nuestra bandera al fúlgido y álgido viento que sopla en la montaña.*

Guillén sitúa, a estos campeones del deporte, al mismo nivel que sus escritores venerados, los encumbra en el más alto pedestal:

*Amé a Rubén Darío,
es cierto,
con sus violentas rosas
sobre todas las cosas.
Él fue mi rey, mi sol.
Pero allá en los más alto de mi sueño
un sitio puro y verde guardé siempre
para Méndez, el púcher —mi otro dueño.
No me miréis con esos ojos.
¿Me permitís que ponga,
junto al metal del héroe
y la palma del mártir,
me permitís que ponga
estos nombres sin pólvora y sin sangre?*

Beisbol

Cualquier intento de comprender el ser y sentir del cubano, pasa, necesariamente, por entender nuestra relación con el beisbol. En un texto publicado en *La Discusión*, el 28 de noviembre de 1889, Julián del Casal, reseñando un folleto nombrado *El baseball en Cuba*, dice que, al leer este librito,

el espíritu del lector se inicia en los secretos del complicado juego de pelota; conoce su origen, su desarrollo y sus consecuencias, comprende las causas de su popularidad y se promete ir al primer desafío. El entusiasmo de los jóvenes que se escapan de las aulas para *ir a la práctica*; las figuras de los jugadores, ya sean del bando azul, ya sean del bando rojo; las desavenencias entre los partidarios de distintos *clubes*; el efecto que produce la concurrencia que asiste al espectáculo; las mil peripecias del juego; los gestos y chillidos de las turbas apiñadas en los escaños; los comentarios que se hacen al terminar la fiesta, en las calles y en los cafés; todo está muy bien presentado. ¹⁰

Aunque no tenemos noticia de que Casal haya ido a mezclarse con «las turbas apiñadas en los escaños» para presenciar un juego de pelota, el hecho de que un autor de su relieve haya escrito, tan tempranamente, sobre el tema es excelente para ilustrar los nexos entre el béisbol y la literatura.

Casi veinticinco años después, el 16 de febrero de 1914, el periodista y narrador Miguel Ángel de la Torre publica en la revista *La Novela Cubana* el cuento «El

La épica casi no ha estado presente en la literatura cubana de las dos últimas décadas. La posmodernidad no la favorece. El tratamiento a los héroes del deporte ahora sería diferente, pero igualmente ellos se merecen un lugar en la literatura.

orgullo de la familia»,¹¹ que muestra la importancia que tenían, ya en esa época, los peloteros. A diferencia de las penurias con que son presentados los boxeadores, el pelotero de este cuento se convierte en un triunfador, un individuo capaz de traer la prosperidad económica a su familia merced a su éxito como jugador del club Almendares.

El cuento está dividido en cinco partes, pero es en la cuarta donde el tema de la pelota absorbe el relato; este adquiere gran fluidez y puede ser tomado como un modelo de cuento deportivo. En él están todos los elementos que dan lugar al espectáculo de un deporte colectivo: es decir, la descripción del estadio con todos sus atributos; los fanáticos, los apostadores, los peloteros, las jugadas, los comentarios, las especulaciones, las críticas, los abucheos; y está el momento cumbre cuando el héroe del juego —y del cuento— produce el jonrón decisivo, al que sigue la vuelta al cuadro y el agasajo de sus compañeros y del público; y, finalmente, la marcha victoriosa: «Y fue un paseo triunfal a través del hormigueo rumoroso y alegre de los coches, automóviles, tranvías y gente de a pie encauzados entre los árboles de la calzada de Carlos III hacia la ciudad, bajo la gloria luminosa de aquella tarde de domingo».

El estadio es el sitio de peregrinación de los fanáticos a los deportes colectivos. Para los brasileños, la meca es el Maracanã; para los mexicanos, el Azteca, recintos colosales donde se adora al dios fútbol. Los estadios de beisbol son menos gigantescos, pero con todos los atributos para el culto a nuestra pasión. Puede llamarse Fenway Park, Ebbets Field, Yankee Stadium, Latinoamericano, Capitán San Luis o Guillermon Moncada, porque, a su escala, cada estadio de pelota es todos los estadios, es un universo donde rigen leyes. Así lo entendió el personaje que centra el conflicto del cuento «El estadio», del escritor Arturo Arango.¹² Primero comenzó a leer esas leyes en los sonidos, los silencios, el ritmo de todo lo que circunda a un partido; después fue tomando posesión de mayores elementos hasta llegar a la totalidad; y más tarde entendió las relaciones de ese todo. En ese punto, ya podía intuir lo que sucedería en cada juego. Entonces, creyéndose un dios, quiso alterar las leyes y cambiar el destino de la competencia. Su conducta lo convierte en un personaje de dimensión trágica. El propio Arango tiene un cuento anterior, «En la línea de tercera», perteneciente a su

primer libro publicado,¹³ donde desde el mismo título la pelota ocupa un espacio importante, pero es en «El estadio» donde logra una contribución trascendente.

El personaje del cuento «La pared»,¹⁴ de Leonardo Padura, es el caso opuesto al de «El estadio». Si este último quiso gobernar el destino de un universo, aquel ha estado a merced de los acontecimientos, no ha sido capaz de controlar su vida y es un perdedor que ha dejado escapar sus más caros sueños, uno de los cuales era ser pelotero. Ser un gran pelotero es también la obsesión de Andrés, protagonista de *Fiebre de caballos*,¹⁵ la novela con la que Padura ingresa en el género. En ella, el beisbol es un asunto central en el plano ideotemático, y además de las constantes referencias a lo largo del libro, hay una suerte de cuento insertado que narra los pormenores de un partido. El relato de ese desafío es justamente el puente hacia la culminación de la novela. Un narrador en tercera, muy cercano al personaje protagónico, sigue todas las acciones con pleno dominio de los secretos de este deporte.

El beisbol será un tópico en la tetralogía de este autor, «Las cuatro estaciones»,¹⁶ en la cual Andrés sigue apareciendo, ya no como protagonista, sino como parte del grupo de amigos de Mario Conde, devotos del rock sinfónico y del equipo Industriales. El episodio contado en *Fiebre de caballos*, que puso fin a las ilusiones de Andrés como pelotero, está sembrado en la biografía del grupo y es revisitado en momentos de recuento y balance. En el ciclo novelístico también habrá otros partidos, ahora con Conde como pelotero en su paso por el preuniversitario y la universidad. Además de lo narrado en el terreno de las acciones, el beisbol se siente muy dentro del sustrato espiritual de este ciclo novelístico. Mencionarlo, en ocasiones, es desatar uno de los sentimientos que alimentan estas novelas: la nostalgia.

También para el poeta Emilio García Montiel la pelota aporta significados similares a los que encuentra Padura. «En un stadium no se juega el destino de un país, pero sí su nostalgia./ O más bien la nostalgia de esta ciudad podrida./ Remendada con boleros y con tristes anuncios que ya no significan nada».¹⁷ García Montiel había mostrado su interés por el beisbol desde el título mismo de su primer poemario, *Squeeze play*,¹⁸ término que nombra una jugada de riesgo en este deporte. Precisamente, el poema que abre el cuaderno

utiliza esa nominación para indicar las acciones de su generación para tratar de forzar el juego de la vida en otra dirección, con la mejor de las intenciones: «...pero allá o aquí, los que forzamos el juego/ aún tenemos las monedas en el aire/ y podemos jurar que nunca han sido falsas».¹⁹

En la misma sección del libro *El encanto perdido de la fidelidad* donde aparece «Los stadiums», el autor hace otra jugada de riesgo: llevar a la poesía, mediante un texto de finísimo lirismo, en homenaje a Rey Vicente Anglada, el tema del traidor y el héroe, a propósito de la sanción que sufriera el estelar pelotero. El poema es un ejemplo brillante del tratamiento metafórico de asuntos supuestamente alejados de la literatura. La traición de Judas a Jesús le sirve de referente: «Doce o treinta y seis: ¿a qué dios pertenecen las jugadas?/ ¿A qué dios suplicar no ser héroes ni traidores?», (el número que llevaba el jugador en el uniforme se contrasta con la cifra de apóstoles). El significado del poema trasciende el caso Anglada, la circunstancia temporal y el deporte mismo: «Alguna vez estos silencios ya no tendrán sentido./ Alguna vez sobre mis ojos el temor se hará inútil./ Sé que habrá un día —un día de inocencia— en que no me será dado decir más...».²⁰

Una de las ficcionalizaciones más singulares que se han hecho del beisbol es la que hiciera José Lezama Lima en el bloque número 3 de «Sucesiva o las coordenadas habaneras» al relatar de forma ucrónica un juego de pelota: «Hay nueve hombres en acecho de la bola de cristal irrompible que vuela por un cuadrado verderol. Esa pequeña esfera representa la unión del mundo griego con el mundo cristiano, la esfera aristotélica y la esfera que se ve en muchos cuadros de pintores bizantinos en manos del Niño Divino. Los nueve hombres en acecho, después de saborear una droga de Cuculcán, unirán sus destinos a la caída y ruptura de la esfera simbólica».²¹

Como sucede en el sistema poético lezamiano, el relato está construido por una cadena de símbolos donde la esfera volante ocupa el sitio de privilegio. Pero hay otro símbolo tan importante como ese: el nueve. Conocido el encanto que ejercía la numerología, la cábala y el conteo pitagórico en el autor de *Paradiso*, necesariamente tiene que haber sentido fascinación por la relevancia del nueve en el beisbol: nueve son los jugadores; nueve los innings de un juego, así como tres strikes son un out, y tres outs el final de una entrada (3x3=9). Más aún, tres son las bases que debe recorrer el jugador antes de llegar al *home* para hacer carrera. Tres son también los jugadores que custodian los jardines: izquierdo, central y derecho. Es imposible que el protagonismo de este número en el beisbol no haya hechizado a Lezama. Agréguese el contraste entre el tres, el número de la armonía y el nueve, el de la

fragilidad de las cosas humanas, el número de Sagitario (signo zodiacal de Lezama). Esta crónica narra, más que un simple juego, un combate que vuela sobre el tiempo y las culturas, así como vuela la esfera más allá del cuadrado verderol.

El alucinado personaje-narrador del cuento «Elíjanme», de Virgilio Piñera,²² necesitado de expresar su desesperación, entra al estadio del Cerro porque le parece el escenario justo: «No iba por la pelota; no digo que me disguste un partido de *baseball*, pero si me colé esa noche estrellada de octubre fue con otro propósito. Quería gritar, tenía necesidad absoluta de ponerme a dar grandes gritos. ¿Cómo hacerlo parado en la calle [...] Por eso me fui al *stadium*». Penetra en medio de un momento climático, expectante, del juego: «Las bases estaban llenas y el *pitcher* del Cienfuegos suda tinta con situación tan comprometida. Empecé a acumular gritos en el pecho. El hombre que estaba al bate, después de haber dejado pasar dos *strikes*, imprimió terrible impulso a sus brazos y dio un batazo alineado que, desdichadamente, resultó *fouls*. Entonces se produce un choque entre el mundo interior, alienado, del personaje, y el otro universo, también alienado, de los jugadores y fanáticos, porque, en ese instante, el hombre lanza un grito de «¡ay!» a destiempo que se proyecta contra el silencio del estadio.

La atmósfera del absurdo se hace mayor, en tanto que el personaje desafía a la multitud, la lógica y las leyes del juego. Para el símil de la caída que el narrador viene manejando (se representa a sí mismo como un alpinista), mientras en el estadio hay *otra* realidad: «dos fanáticos y hasta los propios jugadores salieron de golpe del mundo brillante y cálido del juego para entrar al mío opaco y helado del descenso». Por breves instantes, el personaje, en su caída, realizó una inversión del orden, arrastró consigo el juego mismo: «Vi que todos se tambaleaban como si la tierra les faltase bajo los pies, en tanto que el *pitcher* apretaba convulsamente la bola en su mano como si esta quisiera caer hasta el fondo de la tierra». Interviene entonces un actante que permanece al margen, el árbitro, quien ordena al *pitcher* integrarse nuevamente al *juego*. El lanzador quiere hacerlo, pero está aún atrapado en la otra fuerza: «Este, metido aún en mi mundo, arremolinó lánguidamente su brazo y se dispuso a lanzar, pero yo, con miles de gritos en el pecho, veloces y apremiantes, lancé un torrente de ellos que, viniendo a dar en la bola, la hicieron rodar floja y vertical por el campo». Como en su desafío el personaje que grita ha traspasado el límite, es sacado del estadio, un universo necesitado de volver a su orden, al equilibrio del juego.

Si nos hemos detenido en un cuento cuyo núcleo temático no es el beisbol, sino que este interviene

marginalmente, es porque ejemplifica muy bien el mundo particular que impera dentro de un espacio deportivo, el cual *envuelve* por igual a quienes lo ejecutan y a quienes lo observan. En el transcurso de ese juego, introducidos en él, todos somos actores de una trama que, mientras dura, nos sustrae, nos aísla en «el mundo brillante y cálido del juego», según Piñera. Resulta interesante que ese cuento, inédito durante casi cincuenta años, está fechado en 1957, coincidiendo con la efervescente rivalidad entre los equipos Habana y Cienfuegos. En la temporada de 1956 el lanzador norteamericano «Vinagre» Mizel, actuando por el Habana, estableció una nueva marca de ponchados, pero el Cienfuegos, apoyado en los brazos de Camilo Pascual y Pedro Ramos, ganó el campeonato. Es justamente un partido entre esos dos conjuntos el que aparece en el cuento.

Si en el relato de Virgilio Piñera, el mundo del béisbol choca y anula al del personaje narrador, en *Penumbra en el noveno cuarto*, de Amado del Pino,²³ el béisbol —metáfora de la vida— es asimilado, integrado en otro espacio y otra realidad, dentro del juego teatral. Es harto conocido que el habla del cubano está llena de términos beisboleros utilizados con mucha frecuencia en la fraseología popular. El dramaturgo se vale de ese recurso lingüístico en la construcción de su obra. Pero en ella el béisbol no está solamente en el plano lingüístico, sino que participa en todos los otros planos de expresión y de significado. En cierto sentido, esta obra solo puede disfrutarse plenamente si se conoce este deporte y su fraseología; mas aún si el lector (o espectador) es capaz de reconocer a los peloteros (reales) que están detrás de los personajes que intervienen en los juegos intertextuales construidos por el autor. Un pitcher con todas las trazas de su referente real acude a una posada para pasar unas horas con su amante y es identificado por un admirador que trabaja en el sitio. Desde las primeras líneas de diálogo, se manifiesta el juego lingüístico, la ambigüedad, el doble sentido que mezcla no solo la fraseología beisbolera, sino también la jerga marginal. Aquí lo lúdico es un componente esencial. El fanático mezcla su destino con la pareja, quienes, asimismo, son atraídos por el *juego* del fanático, verdadero impulsor de las situaciones.

Otro fanático es, igualmente, quien narra en «El día que perdió José Ibar», de Francisco García González, un cuento de franca construcción posmoderna, donde el béisbol no ocupa todo el espacio, sino que es un elemento más —aunque importante— en la composición de acciones y personajes. Decimos composición porque el texto tiene un fuerte componente plástico. Entre las hilarantes acciones del relato —el humor es la marca identitaria más fuerte del autor—, los personajes posan

desnudos para una foto. El relato está narrado como una suerte de performance con un manejo muy libre del tiempo, el espacio, los personajes y las acciones. El personaje narrador está obsesionado con un partido de béisbol donde el lanzador José Ibar puede arribar a una importante marca. Lo más interesante del cuento es la manera en que el narrador-personaje entra y sale de los diferentes espacios e interactúa en ellos. Como interesante es también su reflexión:

Como tantas otras veces me dolió admitir que era un fanático del béisbol. De los perdidos. De esos a los que un triunfo de su equipo los ponen eufóricos y con deseos de fornicar; y en su lugar, una derrota les deja un zumbido en la cabeza, sin ganas de comer, mirando que la mujer que tiene al lado es poco apetecible y no importa que los traicione o lo que sea. Estaba enfermo. Pero, ¿para qué si no son los deportes?²⁴

El poeta Roberto Fernández Retamar, en su poema «Pío tai»,²⁵ rinde homenaje a las glorias de la pelota cubana y tiende un puente entre ellas y los grandes artistas, con lo que establece implícitamente un paralelo entre su poema y el de Guillén, mencionado en el apartado sobre el boxeo. Mientras que el autor de *Motivos de son* dice «Héroes también, titanes./ Sus peleas fueron como claros poemas», Retamar llama bateadores de 400 a Joyce, Mayacovski, Strawinski, Picasso y Klee.

Ajedrez

Una posible partida entre Vladimir I. Lenin y Tristán Tzara en el café Terasse de Zurich, en un momento muy especial, el año 1916, cuando el padre del dadaísmo y el líder de los bolcheviques estaban a punto de entrar en la Historia, es el pretexto de Luis Rogelio Noguera para elaborar su poema P4R, «donde, apenas sin conocerse,/ concentrados por encima del futuro, la vocación,/ la guerra, el orden tambaleante del universo,/ el bolchevique y el dadaísta,/ [...] movieron caballos, obispos, torres, reyes».²⁶

Ese texto es el referente más claro del poema «Peón cuatro dama», de Ramón Fernández-Larrea,²⁷ de mayor riqueza en su fabulación y estructura. Aquí también «juegan» Lenin y Tzara, pero en lugar de hacerlo en Zurich lo hacen en La Habana Vieja, acompañados de Fischer, Capablanca, Lasker; además de Carlos Marx, Federico Capdevila, Walt Whitman, Miguel Matamoros, el Padre Las Casas, Jacques Prevert, François Villon, William Shakespeare, el mariscal Tito, Antonio Maceo, Carlos Fonseca, Brindis de Salas, Bob Dylan, Benny Moré y John Lennon, todos jugando en el mismo tablero de la historia, la sociedad, el país. Tanto en el texto de Noguera como en el de Fernández-Larrea

hay una intención sociológica, mejor expresada por el último, más coherente con el espíritu del dadaísmo de mezclar libremente elementos disímiles.

Ronaldo Menéndez, en su cuento-ensayo «El jugador (prolegómenos para una lectura del sentido)»,²⁸ hace una indagación filosófica sobre el ajedrez, especulando sobre las significaciones de este juego y recorre varias teorías. En la primera, el hombre está obligado a jugar y las fichas son los seres del paradigma. El principal atractivo del juego sería su ser obligatorio. El tablero es un campo de batalla. La segunda especula en ecuaciones sobre las dimensiones espaciales de ese campo de batalla y acerca de la relación tiempo-jugador. La tercera se centra en la materia de piezas y jugadores, las estrategias y combinaciones. En la cuarta, se pregunta sobre la finalidad del juego. La quinta versa sobre el aspecto legal y su incidencia en las reglas establecidas para controlar el orden del proceso. La expresión conclusiva de la sexta se expande en lo relativo de si el juego es igual a la vida donde el hombre sería igual al jugador, pero sin confirmarlo, y cerrando el acertijo con el aserto de que cada pieza es un jugador, los Maestros son igualmente piezas y jugadores, y el juego es eterno.

Medio siglo antes, Pablo de la Torriente Brau escribió un relato («Caballo dos dama») narrado en primera persona por un personaje que establece comparaciones parecidas:

Inevitablemente ponía siempre a mi presencia el asombroso parecido que hay entre una partida de ajedrez y la vida del hombre sobre el tablero del mundo. [...] Yo me sentía Dios ante el tablero y me ponía a tramar la vida y la muerte de unos personajes que se llamaban el Rey, la Reina, las Torres, los Alfiles, y los Peones. Así, en mi papel de Dios fue como adquirí el sentido de la responsabilidad y al darme cuenta, comparando la simplicidad del tablero de ajedrez al lado del tablero del mundo, y reconociendo mi impotencia para determinar desde la primera jugada el resultado de una partida, que, o el Destino, que al cabo rige la vida de los hombres, es una fuerza más poderosa, que el Creador (hipótesis a la que mi pobreza mental de humano me lanza), o este es un asombroso jugador de vidas que desde los comienzos del mundo sabe cuál va a ser el final del drama humano y la suerte reservada a cada protagonista y a cada partiquino.²⁹

Perdido en ambiguas meditaciones, ante una decisión capital (jugaba ante el campeón mundial), el jugador de Pablo de la Torriente optó por la prudencia, por la falta de riesgo que guía a los cobardes y mediocres y dejó escapar una oportunidad única tablero de por medio, así como dejó escapar otras oportunidades que lo sumieron en una existencia infeliz, por no arriesgarse en la partida de la vida. El texto de Pablo, por su tono y mensaje, es una sátira de los que no se arriesgan, de los que nunca ganan.

Eliseo Diego le hace un espacio al ajedrez en su libro *Noticias de la quimera*. A su manera, «El rey» es un

relato que se despliega ante el lector como una peripecia entre la memoria y el sueño. Los personajes, el espacio, las situaciones, se van nominando con términos ajedrecísticos: «a poco cruzaban entre sembrados geométricos, de distintos tonos de verde y ocre, por los que vagaban al azar unos peones, bien negros bajo sus anchos sombreros de paja». ³⁰ La narración transita hacia un final de partida en la que el Maestro es, de antemano, el perdedor, ante el poder de la Dama y el Rey. Construido en el linaje ficcional de Diego, el cuento se disfruta por la manera armoniosa en que se dibuja el desarrollo dramático, por la forma en que el juego y sus atributos se ofrecen como una imagen posible o una pesadilla de la memoria.

Habitando la misma estética que «Sucesiva o coordenadas habaneras», José Lezama Lima escribe «Alfonso X el Sabio y Capablanca». No pocas coincidencias encontramos entre este texto y el relativo al beisbol, por su lenguaje cifrado, su gusto por las alegorías, las lógicas afinidades que imantan el discurso del escritor, donde la imagen nos devuelve a cada paso la palabra refundada. Pero si en aquel podíamos sentir la secuencia narrativa de la crónica, en este lo anecdótico toma mil caminos distintos, aunque el centro de los disparos serán siempre el monarca escritor, el genio antillano y el ajedrez. Trenza el autor de *Enemigo rumor* la evolución del juego ciencia, sus múltiples leyendas y las aportaciones de sus personajes, nominados al inicio de modo genérico: el inventor y el rey; y destaca «en el uno, el afán de romper el círculo, lo indefinido. En el cetrado mayor, el bastón de la unidad y la vigilancia de trigos y puertas». Cruza con ellos los reinos dilatados del Tiempo y cae por gravedad en la consumación de sus destinos cruzados, resumiendo: «Cómo no subrayar ese encuentro entre Alfonso X el Sabio y Capablanca, a través de la palabra miliunochesca que se reintegra y se restituye, en su decisión por llevar el cuadrado a elipse; la elipse a una progresión en la infinitud. En fin, una infinitud convertida en causalidad de los monstruos de seda y novedad». ³¹

Por su parte, Excilia Saldaña, en el poema «Jaque mate», hace una puesta en escena a partir del momento posterior a esa jugada definitiva: le asigna papeles a las diferentes piezas, humanizando la caída del rey, envolviendo ese instante en un tono de dramática solemnidad: «¿Qué luto esconde esta paz del tablero? / ¡Silencio: / El rey ha muerto!». ³²

Nicolás Guillén, en su poema «Deportes», citado antes, alude al carácter filosófico del ajedrez donde —dice— cada figura es una interrogación; pero el texto es, sobre todo, un homenaje a Capablanca, a quien proyecta como una metáfora de Cuba. En tono elegíaco, el poeta dialoga con interlocutores que preguntan por el genio a los que él contesta con imágenes de la Isla

—Tú, que vienes de Cuba, ¿no has visto a Capablanca?
(Yo respondo que Cuba
se hunde en los ríos como un cocodrilo verde).

Capablanca es un embajador de la nación en todos los continentes; su reinado ha trascendido el tablero. Su figura es un mito.

Así pues Capablanca
no está en su trono, sino que anda,
camina, ejerce su gobierno
en las calles del mundo.

Un lugar en la literatura

La presencia de Casal, Martí, Guillén, Lezama, Diego, Piñera, avala el tratamiento del tema deportivo en la literatura cubana.³³ Nos gustaría que su presencia fuera mayor, pero una línea temática no puede crecer más que por la voluntad de los escritores. Claro que la cantidad de atletas cubanos excepcionales y las hazañas que estos han protagonizado, sobre todo en el béisbol y el boxeo, son una enorme reserva de asuntos para las letras. No por gusto, de nueve peloteros latinoamericanos en el Salón de la Fama del béisbol en Cooperstown, cuatro son cubanos: Martín Dihigo, Cristóbal Torriente, José de la Caridad Méndez y Atanasio «Tany» Pérez.

Las últimas promociones de narradores le están abriendo espacio al deporte en su producción,³⁴ lógica consecuencia de la apertura temática que acontece en la ficción hispanoamericana en los últimos años, como bien señala el ensayista peruano Fernando Aínsa.³⁵ Y serán, seguramente, los más jóvenes escritores, quienes sitúen en el sitio que les corresponde a tantísimos atletas cubanos que desde las primeras décadas del siglo pasado hicieron brillar su estrella fuera de Cuba sin que por eso fueran menos cubanos. Así como no podemos prescindir —donde quiera que hayan fijado su residencia— de las aportaciones a la cultura artístico-literaria de renombrados poetas, narradores, ensayistas, músicos, bailarines, coreógrafos, pintores, dramaturgos, cineastas, tampoco debemos renunciar a un historial deportivo ilustre que comienza con Armando Marsans, Rafael Almeida, Kid Tunero; pasa por Orestes Miñoso, Camilo Pascual, Miguel Cuéllar, Kid Gavilán, Benny Paret, José «Mantequilla» Nápoles, Ultimino Ramos; se prolonga en Luis Tiant, «Tany» Pérez, Tony Oliva, y llega hasta Liván y Orlando «El Duque» Hernández.³⁶ Si, como hemos visto más atrás, Capablanca, Méndez y Kid Chocolate trascendieron a las letras desde las primeras décadas de la pasada centuria, otros, como Miñoso en los 50, disfrutaron de la alta popularidad que da la música: «Cuando Miñoso batea de verdad, la bola baila hasta el cha-cha-chá». Sin embargo, el mítico jardinero del Marianao y los Medias Blancas, tan querido

en Chicago que le hicieron hasta una estatua y cuyo número fue retirado como solo se hace con los grandes, hoy en día tal vez sea un desconocido en su natal pueblo de Perico.

La épica casi no ha estado presente en la literatura cubana de las dos últimas décadas. La posmodernidad no la favorece. El tratamiento a los héroes del deporte ahora sería diferente, pero igualmente ellos se merecen un lugar en la literatura. Es cierto que la biografía como género no es cultivada con amplitud entre nosotros y que algunos libros dedicados a grandes figuras son, sobre todo, periodismo y estadísticas, también necesarios. Quién le puede quitar mérito a los volúmenes que dedicara a Conrado Marrero y José de la Caridad Méndez ese brillante historiador deportivo que fue Severo Nieto. Pero Méndez, Torriente, Dihigo, Luque, Eustaquio «Bombín» Pedroso... siguen esperando por el artífice que los visite en la eternidad y los traiga a vivir entre nosotros para conocerlos mejor, para disfrutar nuevamente de sus proezas y hazañas.

Notas

1. José Martí, «Una pelea de premio», en *Cuentos de boxeo*, t. 2, Arte y Literatura, La Habana, 1981, pp. 261-8.
2. *Ibidem*, p. 261.
3. Mirta Yáñez, «Yo soy Jack Johnson», en *Cuentos de boxeo*, t. 1, ob. cit., pp. 412-30.
4. Samuel Feijóo, «El gran golpe», en *Cuentos de boxeo*, t. 2, ob. cit., pp. 319-27.
5. José M. Carballido Rey, «El último golpe», en *Cuentos de boxeo*, t. 2, ob. cit., pp. 328-39.
6. Félix Luis Pérez, «La última pelea de Tonka Walkán», en Senel Paz, comp., *Los muchachos se divierten*, Casa Editora Abril, La Habana, 1989, pp. 169-80.
7. Nicolás Guillén, «Pequeña oda a un negro boxeador cubano», en *Obra poética (Sóngoro cosongo)*, t. 1, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972, pp. 118-20.
8. Roberto Friol, «Poemas a Kid Chocolate», en Edgar Montiel, comp., *Hombres en juego. El deporte en las letras*, Gente Nueva, La Habana, 1998, pp. 113-4.
9. Nicolás Guillén, «Deportes», en *Obra poética*, t. 2, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, pp. 10-3.
10. Julián del Casal, «El béisbol en Cuba», *Prosa*, t. 2, Letras Cubanas, La Habana, 1989, pp. 15-7.
11. Miguel Ángel de la Torre, «La gloria de la familia», *Prosas variadas*, Universidad de La Habana, La Habana, 1966, pp. 179-212.
12. Arturo Arango, «El estadio», *La vida es una semana*, Ediciones Unión, La Habana, 1990.
13. Arturo Arango, «En la línea de tercera», *Salir al mundo*, Letras Cubanas, La Habana, 1981.

José Antonio Michelena

14. Leonardo Padura, «La pared», *La puerta de Alcalá y otras cacerías*, Ediciones Unión, La Habana, 2000.
15. Leonardo Padura, *Fiebre de caballos*, Ediciones Unión, La Habana, 1988.
16. Nos referimos a *Pasado perfecto* (1991), *Vientos de cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997) y *Paisaje de otoño* (1998).
17. Emilio García Montiel, «Los stadiums», *El encanto perdido de la fidelidad*, Letras Cubanas, La Habana, 1991, p. 42.
18. Emilio García Montiel, *Squeeze play*, Universidad de La Habana, La Habana, 1986.
19. Ídem.
20. Emilio García Montiel, «Un día de inocencia», *El encanto perdido de la fidelidad*, ob. cit., pp. 44-5.
21. José Lezama Lima, «Sucesiva o las coordenadas habaneras», *Tratados en La Habana*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1958, pp. 21-2.
22. Virgilio Piñera, «Elíjanme», *Cuentos completos*, Letras Cubanas, La Habana, 2004, pp. 493-99.
23. Amado del Pino, *Penumbra en el noveno cuarto*, Ediciones Unión, La Habana, 2004.
24. Francisco García González, «El día que perdió José Ibar», *¿Qué quieren las mujeres?*, Unicornio, La Habana, 2003, pp. 128-46.
25. Roberto Fernández Retamar, «Pío tai», *Poesía reunida*, Ediciones Unión, La Habana, 1966, pp. 300-1.
26. Luis Rogelio Noguerras, «P4R», *Nada del otro mundo*, Letras Cubanas, La Habana, 1988, pp. 69-71.
27. Ramón Fernández-Larrea, «Peón Cuatro Dama», *El libro de los salmos feroces*, Ediciones Extramuros, La Habana, 1994, pp. 29-32.
28. Ronaldo Menéndez, «El jugador», en Salvador Redonet, comp., *El ánfora del diablo*, Ediciones Extramuros, La Habana, 1997, pp. 29-36.
29. Pablo de la Torriente Brau, «Caballo dos dama», *Aventuras del soldado desconocido cubano*, Arte y Literatura, La Habana, 1977.
30. Eliseo Diego, «El rey», *Noticias de la quimera*, UNEAC, La Habana, 1975, pp. 47-55.
31. José Lezama Lima, «Alfonso X el Sabio y Capablanca», *Tratados en La Habana*, ob. cit., pp. 131-4.
32. Excilia Saldaña, «Jaque Mate», *Hombres en juego. El deporte en las letras*, ob. cit., p. 69.
33. No incluimos a Carpentier en el artículo, pero él también se ocupó del deporte, tanto en la ficción como en otros textos.
34. A punto de concluir este artículo, el narrador habanero Francisco García me dio a conocer varios cuentos de una selección que preparó sobre la temática beisbolera, donde esto se puede constatar.
35. F. Aínsa, «Héroes y antihéroes del deporte y la ficción», *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*, Arte y Literatura, La Habana, 2002, pp. 203-24.
36. No mencionamos a los boxeadores cubanos que ahora mismo son estelares en el boxeo profesional porque la información de que disponemos es limitada.

© TEMAS, 2007